

Este Prólogo que ha Durado 20 Años

● Quijano me ha dicho: "Escriba una nota sobre el aniversario de MARCHA", y durante quince días me he sentado a la máquina tratando de escapar a la tentación de ser subjetivo y sentimental, en vez del minucioso y levemente laudatorio cronista que exige la circunstancia. Por supuesto que cedí a la tentación; es difícil no ser subjetivo —y aún autobiográfico— cuando el tema es algo que uno quiere o padece, o ambas cosas a la vez. Es decir, cuando el tema es MARCHA.

La leo desde 1942, pero puedo decir que fue once años después y en una tardcecita (a la salida del interminable, penumbroso despacho emparedado de libros de la calle Rincón, donde un lacónico Quijano me había aceptado una primera colaboración —ingenua, atropelladamente adjetiva— sobre los cantegriles) cuando súbitamente pensé a MARCHA no como el artículo de fe semanal, como la tribuna inabordable y perfecta donde gente lúcida y admirable —Quijano, Julio Castro, Ardao, A. F. S., Rodríguez Monegal, Alfaro, Mauricio Müller— decía siempre cosas lúcidas y admirables, sino como una entrañable empresa a la que me había dado en compromiso, con la contrapartida del derecho a introducirme en el santuario y a participar en su futuro. Porque también súbitamente, descubrí no estar tan enteramente de acuerdo con MARCHA, y desearla mejor, que esa es una de las gozosas posibilidades encerradas en el pertenecer a algo, si se le quiere.

—II—

CREO que de este aniversario de MARCHA, entendido en la proyección de un replanteo y de un examen, puede salir algo más que dos voluminosos ejemplares de magnífica lectura, algo más que una soplada alegre de velitas y los sueltos de congratulación de los colegas. Porque estos veinte años, en junio de 1959, concitan simbólicamente tres realidades cargadas de inferencias: la madurez periodística de una publicación donde siempre se puede escribir la verdad; la existencia comprobada de una corriente de pensamiento independiente, permanentemente dolorida —en el sentido unamuniano— de la problemática nacional y ya definitivamente escéptica de ese falso retrato del país que inventaron por un lado los exégetas y adulteradores de Batlle y Ordóñez y por el otro los doctores y los oportunistas de comité que heredaron la muerte de Saravia y ahora la de Herrera; por último, una crisis intrínseca, de nacionalidad, que ya toca fondo y para la que no tienen soluciones ni las agrupaciones políticas tradicionales ni las excrecencias de ambición o los falsos redentores que les han crecido en el costado, con rótulos de renovación o de desinterés patriótico.

—III—

El país estaba tan harto de sus traficantes y de los desvergonzados vociferadores de "Como el Uruguay no hay", que por un momento creyó en lo increíble: tal vez era cierto que dentro de los mismos partidos políticos corría aún un hábito purificador, alentaba todavía algo que no fuera menuda trapacería de club, sordideces de sub lema, daltonismo para distinguir el camino de la nación entre la maraña de los intereses de grupo y las camarillas económicas. La ilusión, ya se ve, duró muy poco, porque los que se pasaron casi un siglo en el llano han demostrado no haber aprendido nada, demasiado atentos primero a la maquinación sin grandeza y sin programa para que les fuera otorgado el poder y, después, a la maquinación sin grandeza y sin programa para ejercerla, con la mirada puesta solamente en el zarcido que va a estallar o en el remiendo mal cosido. Nadie lúcidamente atento a los verdaderos problemas de la patria, puede esperar algo por ese lado.

Es entonces que se establece la interrogante: ¿es esa gente todo lo que hay en el país? ¿No es posible la acción fuera de los cuadros que laboriosamente ha apuntalado la política con leyes de lemas, corrupción administrativa y todo el rito mágico de las divisas? ¿No hay otra salida? Entre 1950 y 1954, la mejor parte de una generación que se había forjado en el desenmascaramiento de los falsos principios esgrimidos en la guerra antinazi y en las disciplinas del gremialismo universitario o de nuevas corrientes intelectuales inconformistas, ingresó a los partidos políticos "para renovarlos desde adentro". Aún los que discrepaban con ellos, dudaron un momento, sintieron vacilar un punto su desconfianza hacia los partidos. Quizás, después de todo, estuviera allí la verdadera posibilidad de acción práctica. Quizás no era bueno quedarse solos, predicando en el desierto. Si los neofitos hubieran renovado desde adentro, la jugada hubiese sido acertada. Pero esta crisis de 1959, que los precisaba enteros y desahogados

de compromisos, los encuentra en cambio devorados por el engranaje (diputados, ministros, directores de Entes autónomos, pero siempre sumisos al Comité o al caudillo) anulados por la transigencia, ejemplos definitivos de que eligieron mal.

Es posible que haya otra salida. Esa triple realidad convocada por el aniversario de MARCHA pueda proporcionar los factores de un nuevo planteo.

—IV—

La idea es que el país está maduro para una reunión por encima de todos los sectores que han mediado, corrompido o interrumpido el proceso nacional. Aclarando que la referencia es de 10 años a la fecha, a esta altura y a riesgo de recibir de los profesionales del conformismo los más previsibles calificativos, puede definirse la estructura uruguaya con dos o tres afirmaciones casi inquestionables, a saber: a) se ha quebrado el principio de autoidad residente en el gobierno, que se basa en el ejemplo de rectitud, en la austeridad y en la capacidad; b) los partidos políticos, como instituciones estabilizadoras e intérpretes de la ciudadanía en el juego democrático, han desaparecido; significan ahora sólo agrupaciones artificiales yuxtapuestas en función del electoralismo y representan únicamente ambiciones personales u oligarquías económicas; c) la clase obrera, hasta la que ha llegado la acción desquiciadora de los partidos políticos, directamente por el electoralismo o indirectamente a través de concesiones economistas, ha perdido algo más que la conciencia de clase; ha perdido la conciencia de conjunto relativa a su integración y a su responsabilidad dentro de la nación. El movimiento obrero, desgarrado por la división del reflujo comunista y anticomunista, además ha descendido ahora hasta la mera existencia como una pluralidad de grupos de presión, que se aprovecha de la irresponsabilidad gubernativa para sus fines de mejora y llega a asociarse con el patrono en la defensa de privilegios parciales pero funestos para la economía nacional; el aliado y gozador de la ineficacia y corrupciones oficiales, dominador de los partidos políticos a través de un financiamiento electoral sin velos, prevaletido de la insensatez del movimiento obrero, un sector parece haberse apoderado de las riendas del país: el formado por los miembros de un industrialismo artificial y funesto, por una agropecuaria fulminantemente enriquecida a través de las vicisitudes —contrabando, mercado negro— del stock ganadero, y por los nuevos ricos del comercio intermediario.

La nación asemeja, de este modo, haber caído en el pecado mortal de una mentalidad fenicia, sin grandeza, también sin visión de alcance largo, constreñida a través de sus usufructuarios, a un lupo torpe y transitorio, porque el sistema ha olvidado las elementales verdades de la interdependencia de las clases y del trabajo productivo como base de la estabilidad social.

—V—

Pero sería un error pensar que estos ciegos y estos desvergonzados son la mayoría del país o sus rectores insustituibles, simplemente, constituyen los proxenetas de la crisis, los aprovechadores que han corrido al festín ante el ausentismo de ma-

yorias que pagan con su impotencia el pecado de su deliberada omisión. En la inacción —una inacción que cada vez tiene menos sentido— aguardan una o dos generaciones que nunca fueron engañadas y que tampoco se mezclaron nunca en los juegos de manos de los políticos y los traficantes. Para esas generaciones, MARCHA ha sido a lo largo de estos veinte años el vehículo informativo pero también el agente catalítico de una inquietud fecunda; el enfoque independiente y franco de los problemas pero también el estímulo para pensar por cuenta propia. Quijano y su equipo —no los aludo aquí en su vieja y ya desaparecida militancia política, sino justamente en todo aquello en que se despojaban de ese traje que les quedaba chico— salieron durante veinte años al encuentro del adocenamiento cultural, del histrionismo político, de la hipocresía panamericanista y consolidaron una isla de tierra firme, en medio del oleaje turbio. La acción de MARCHA, en estos cuatro lustros, no se marca por su tiraje. Por una misteriosa multiplicación (o traslación) parece evidente que es leída por mucho más gente de la que la compra. MARCHA no es solamente la lectura del joven del Sorocabana o del estudiante o del abogado con inquietudes o del obrero sensato. La he encontrado en la cabecera del militar de una lejana guarnición del Norte, en el escritorio de un estanciero millonario, en una rueda de plantadores de caña de Artigas, a bordo de un remolcador en medio del Río de la Plata. Y todos esos lectores no resultaban ocasionales; si se les preguntaba, eran "marchistas", con todo lo que el neologismo abarca sobre decepción de la política tradicional, repulsa ante el fariseísmo ambiente, profunda preocupación por el país, intención latente de que "hay que hacer algo".

MARCHA, en esas posibilidades de renovación que cada vez se han ido haciendo más imperiosas, dio la tribuna y creó la conciencia de un enfoque superior y desinteresado de la política. Ese es su mérito y el de los hombres que la hicieron. Pero ahora, en este vigésimo aniversario, en este junio de 1959 cuando la nación semi-arruinada pide remedios, ¿sigue hasta el final la consecuencia lógica del camino que indicó a lo largo de los años? Aquí es donde creo que puedo usar, por primera vez en seis años, aquel derecho que intuí en una tarde de 1953: el de criticar a MARCHA.

—VI—

La respuesta, con la meditación debida, debe ser negativa, aunque no desesperanzada. MARCHA ha continuado señalando la desviación, la descomposición y finalmente el derrumbe de los partidos políticos. En estos últimos veinte años, respondió con el acierto de sus profecías a los calificativos de agorería o de inconformismo despechado; la vieja frase de que "para construir primero hay que demoler" fue la respuesta a las falaces demandas de crítica constructiva, tan al gusto de los incapaces que se embarcan en responsabilidades que les quedan grandes. Era cierto; no se podía hacer nada sin antes higienizar la casa, sin desenmascarar a los culpables, sin decir a cielo limpio las verdades que se estaban apollando. Pero he aquí que ha pasado una cosa ante la que MARCHA parece algo sorprendida: ya se terminó de demoler, lo que no se derribó, se cayó solo de puro carcomido; la selección natural al revés (los peores triunfando) que era el proceso político del país, ha llegado a su mínimo plafond, y después de esto ya no hay nada. Sólo el vacío y, presumiblemente, el caos. ¿Y ahora?

Entonces, no valen argumentos que servían hace cinco, diez o veinte años. La prescindencia ya no es la norma, sino lo objetable. Está bien leer todas las semanas la crítica de espectáculos, enterarnos de la actividad cultural de Londres, Nueva York y Bonn, disfrutar de las primicias de algún joven poeta inédito. Pero eso suena ya un poco a tañir la lira desde el Capitolio. La coyuntura nacional parece haber dado a las generaciones que aprendieron a pensar en MARCHA, la oportunidad de una estructuración, de una comunión de ideas, de una posibilidad, en fin, para la acción práctica, llámese ella política, movimiento ideológico, Congreso de Almas Afines o Mesa Coordinadora. Pero MARCHA —creo yo— deberá retomar la bandera de 1939, convertirse antes que nada —antes que las críticas de espectáculos y las delicias de la Mar en Coche— en un órgano de vigorosa difusión de esa reunión uruguaya de voluntades, dar un programa coherente y una sostenida atención editorial a esa tarea.

Se me ocurre que estos veinte años de MARCHA han sido sólo el prólogo de la tarea para que estaba destinada, esa decisión que daría un sentido perdurable a los próximos 20 años. ¿Y, después de todo, qué mejor regalo de cumpleaños?

Literatura Soviética

ACABAN DE APARECER

- TODO ESTO HA SUCEDIDO: (relato), por Yuri Piñar, encuadernado \$ 4.00
- SIMIENTE DE HERMANDAD (Selección de cuentos), por Petras Cvizka, escritor lituano " 1.50
- ESTRELLAS DE AGOSTO (Selección de cuentos), por Nikolai Gribachov " 1.00
- ESTRELLA (novela), por E. Kasakievich, encuadernado " 3.00

Distribuidores: EDICIONES PUEBLOS UNIDOS

Tacuarembó 1494 - 1500 — Teléfono: 420 94

PÍDALOS A SU LIBRERO

Envíos al interior contra reembolso